

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Capitulo VII. De la segunda salida de nuestro buen Cavallero, Don Quixote de la Mancha.

urn:nbn:de:gbv:45:1-1581

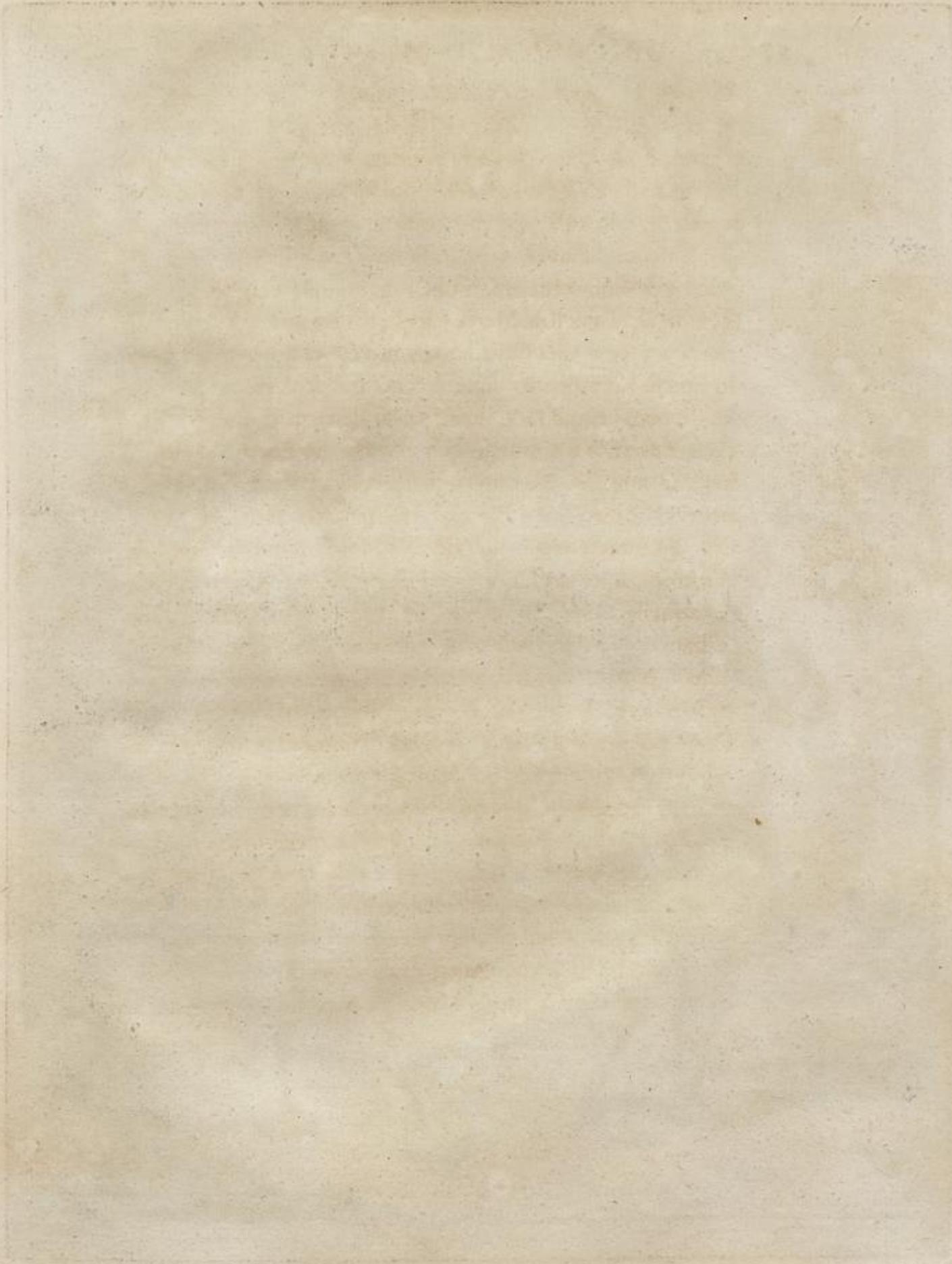
CAPITULO VII.

*De la segunda salida de nuestro buen Cavallero, Don Qui-
xote de la Mancha.*

ESTANDO en esto, començò à dar voces Don Qui-
xote, diciendo: Aqui, Aqui valerosos Cavalleros,
aqui es menester mostrar la fuerça de vuestros valerosos bra-
ços, que los cortefanos llevan lo mejor del tornèo. Por
acudir à este ruido y estruendo, no se passò adelante con el
escrutinio de los demas libros, que quedavan; y assi se creè
que fueron al fuego sin ser vistos, ni oydos, la Carolea, y
Leon de España, con los hechos del Emperador, compues-
tos por Don Luys de Avila, que sin duda devian de estar
entre los que quedavan; y quiça si el Cura los viera, no
passaran por tan rigurosa sentencia. Quando llegaron à Don
Quixote, yà el estava levantado de la cama, y profeguia en
sus voces, y en sus desatinos, dando cuchilladas y revèses
à todas partes, estando tan dispierto como si nunca huviera
dormido. Abraçaronse con èl, y por fuerça le bolvièron al
lecho, y despues que hubo soffegado un poco, bolviendose
à hablar con el Cura, le dixo: Por cierto, Señor Arçobis-
po Turpin, que es gran mengua de los que nos llamamos
doze Pares, dexar, tan sin mas ni mas, llevar la vitoria des-
te tornèo à los Cavalleros cortefanos, aviendo nosotros los
Aventureros ganado el Prez en los tres dias antecedentes.
Calle vuestra Merced, Señor Compadre, dixo el Cura, que
Dios serà servido que la fuerte se mude, y que lo que oy se
pierde, se gane mañana: Y atienda vuestra Merced à su fa-
lud

lud por aora, que me parece, que deve de estar demafiadamente cansado, si yà no es, que està mal ferido. Ferido no, dixo Don Quixote, pero molido, y quebrantado no ày duda en ello, porque aquel Bastardo de Don Roldan me ha molido à palos con el tronco de una enzina, y todo de envidia, porque vè, que yo solo soy el opuesto de sus valentias: Mas no me llamarìa yo Reynaldos de Montalvan, si en levantandome deste lecho, no me lo pagare à pesar de todos sus encantamientos; y por aora trayganme de yantar, que sè, que es lo que mas me harà al caso, y quedèsse lo del vengarme à mi cargo. Hizieronlo assi, dieronle de comer, y quedòse otra vez dormido, y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemò y abrasò el Ama quantos libros avìa en el corral, y en toda la casa; y tales devieron de arder, que merecian guardarse en perpetuos archivos, mas no lo permitiò su fuerte, y la pereza del escrutiador; y assi se cumpliò el refran en ellos, de que pagan à las vezes justos por pecadores. Uno de los remedios que el Cura y el Barbero dieron por entonces para el mal de su amigo, fuè, que le mudassen y tapiassen el aposento de los libros, porque quando se levantasse, no los hallasse; quicà quitando la causa, cessaria el efecto: Y que dixessen, que un Encantador se los avìa llevado, y el aposento y todo, y assi fuè hecho con mucha presteza. De alli à dos dias se levantò Don Quixote, y lo primero que hizo fue, ir à ver sus libros, y como no hallava el aposento donde le avìa dexado, andava de una en otra parte buscandole: Llegava à donde solìa tener la puerta, y tentàvala con las manos, y bolvia, y rebolvìa los ojos por todo, sin dezir palabra; pero al cabo de una
buena

buena pieza preguntò à su Ama, que hàzia que parte estava el aposento de sus libros? El Ama, que ya estava bien advertida de lo que avia de responder, le dixo: Que aposento, ò que nada busca vuestra Merced? Yà no ày aposento, ni libros en esta casa, porque todo se lo llevò el mesmo diablo. No era diablo, replicò la Sobrina, fino un Encantador, que vino sobre una nube una noche, despues del dia que de aqui vuestra Merced se partiò, y apeandose de una sierpe en que venìa Cavallero, entrò en el aposento, y no se lo que se hizo dentro, que à cabo de poca pieza saliò volando por el texado, y dexò la casa llena de humo, y quando acordamos à mirar lo que dexava hecho, no vimos libro, ni aposento alguno; solo se nos acuerda muy bien à mi y al Ama, que al tiempo del partirse aquel mal viejo, dixo en altas voces, que por enemistad secreta que tenìa al dueño de aquellos libros, y aposento, dexava hecho el daño en aquella casa, que despues se verìa: Dixo tambien, que se llamava el sabio Muñaton. Freston dirìa, dixo Don Quixote. No se, respondiò el Ama si se llamava Freston ò Friton, solo se, que acabò en ton su nombre. Assi es, dixo Don Quixote, que esse es un Sabio Encantador, grande enemigo mio, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras, que tengo de venir, andando los tiempos, à pelear en singular batalla con un Cavallero à quien èl favorece, y le tengo de vencer, fin que èl lo pueda estorvar, y por esto procura hazerme todos los sinsabores que puede; y màndole yo, que mal podrá èl contradezir, ni evitar lo que por el Cielo està ordenado. Quien duda de esso, dixo la Sobrina; pero quien le mete à vuestra Merced, Señor Tio, en
estas





*J. Linderbach Inv.
Vol: I. p: 49.*

*J. F. Gucht Scul.
6*

estas pendencias? No será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo à buscar pan de trastrigo, sin considerar, que muchos van por lana, y buelven traquilados. O Sobrina mia, respondió Don Quixote, y quan mal que estás en la cuenta! Primero que à mi me traquilen, tendré peladas, y quitadas las barbas, à quantos imaginàren tocarme en la punta de un solo cavello. No quisieron las dos replicarle más, porque vieron que se le encendía la cólera. Es pues el caso, que él estuvo quinze dias en casa muy sossegado, sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos, en los quales dias pasó graciosísimos cuentos con sus dos Compadres, el Cura, y el Barbero, sobre que él decía, que la cosa de que mas necesidad tenía el mundo, era de Cavalleros andantes, y de que en él se refucitasse la Cavalleria andantesca. El Cura algunas vezes le contradecía, y otras concedía, porque fino guardava este artificio, no avia poder averiguarse con él. En este tiempo solicitò Don Quixote à un labrador vezino suyo, hombre de bien (si es que este titulo se puede dar al que es pobre) pero de muy poca fal en la mollera. En resolucion tanto le dixo, tanto le persuadiò, y prometìò, que el pobre villano se determinò de salirse con él, y servirle de Escudero. Deziale entre otras cosas Don Quixote, que se dispusiesse à ir con él de buena gana, porque tal vez le podia suceder aventura, que ganasse, en quitame allà estas pajas, una Infula, y le dexasse à el por Governador della. Con estas promessas, y otras tales, Sanchò Pança (que assi se llamàva el labrador) dexò su muger, y hijos, y assentò por Escudero de su vezino. Diò luego Don Quixote orden en buscar dineros, y vendiendo



una cosa, y empeñando otra, y malbaratandolas todas, llegó una razonable cantidad. Acomodòse assi mesmo de una rodela, que pidió prestada à un su amigo, y pertrechando su rota zelada lo mejor que pudo, avisò à su Escudero Sancho del día, y la hora, que pensàva ponerse en camino, para que èl se acomodasse de lo que viesse que mas le era menester. Sobre todo le encargò, que llevasse alforjas. El dixo, que si llevarìa, y que assi mesmo pensàva llevar un asno, que tenia muy bueno, por que èl no estàva echo à andàr mucho à piè. En lo del asno reparò un poco Don Quixote, imaginando si se le acordàva, si algun Cavallero andante avìa traydo Escudero cavallero asnalmente, pero nunca le vino alguno à la memoria; mas con todo esto determinò, que le llevasse, con presupuèsto de acomodarle de mas honrada cavallerìa en aviendo ocasion para ello, quitandòle el Cavallo al primer descortès Cavallero que topasse. Proveyòse de camisas, y de las demas cosas que èl pùdo, conforme al consejo que el Ventero le avia dado. Todo lo qual hecho, y cumplido, sin despedirse Pança de sus hijos, y muger, ni Don Quixote de su Ama, y Sobrina, una noche se falièron del lugar sin que persona los viesse; en la qual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por segùros de que no los hallarian, aunque los buscassen. Iva Sancho Pança sobre su jumento como un Patriarca, con sus alforjas, y su bota, y con mucho desseo de verse yà Governador de la Infula, que su Amo le avia prometido. Acertò Don Quixote à tomar la misma derròta, y camino, que èl avia tomado en su primer viage, que fuè por el campo de Montiel, por el qual caminava con menos pesadumbre que la vez.

vez passada, porque por ser la hora de la mañana, y herirles à solàyo los rayos del Sol, no les fatigavan. Dixo en esto Sancho Pança à su Amo: Mire vuestra Merced, Señor Cavallero andante, que no se le olvide lo que de la Infula me tiene prometido, que yo la sabrè governar por grande que sea. A lo qual le respondiò Don Quixote: Has de saber, amigo Sancho Pança, que fue costumbre muy usada de los Cavalleros andantes antiguos, hazer Governadores à sus Escuderos de las Infulas, ò Reynos que ganavan; y yo tengo determinado de que por mi no falte tan agradecida usança, antes pienso aventajarme en ella; porque ellos algunas vezes (y quiça las mas) esperàvan à que sus Escuderos fuesen viejos, y despues de hartos de servir, y de llevar malos dias, y peores noches, les davan algun titulo de Conde, ò por lo menos de Marques de algun Valle, ò Provincia de poco mas à menos; pero si tu vives, y yo vivo, bien podria ser, que antes de seys dias ganasse yo tal Reyno, que tuvièsse otros à el adherentes, que viniesen de molde para coronarte por Rey de uno dellos: Y no lo tengas à mucho, que cosas, y casos acontècen a los tales Cavalleros por modos tan nunca vistos, ni pensados, que con facilidad te podria dar, àun mas de lo que te promèto. Dessa manera, respondiò Sancho Pança, Si Yo fuesse Rey por algun milagro de los que vuestra Merced dize, por lo menos Mari Gutierrez (mi, oyslo) vendria à ser Reyna, y mis hijos Infantes? Pues quien lo duda? Respondiò Don Quixote. Yo lo dudo, replicò Sancho Pança, porque tengo para mi, que aunque lloviesse Dios Reynos sobre la tierra, ninguno assentaria bien sobre la Cabeça de Mari Gutierrez. Sepa, Señor,

H 2

que

